

# INTERNACIONAL

## Tribunal Permanente de los Pueblos: Sesión especial sobre «La conquista de América y el Derecho Internacional» (Padua-Venecia, 5-9 de octubre de 1992)\*

### Quinientos años de soledad\*\*

Eduardo GALEANO

Fin del siglo, fin del milenio, fiesta de cumpleaños. El mundo de nuestro tiempo —mundo convertido en mercado, tiempo del hombre reducido a mercancía— está celebrando los quinientos años de su edad. El 12 de octubre de 1492 nació la realidad que hoy vivimos a escala universal: un *orden natural* enemigo de la naturaleza y una *sociedad humana* que llama «humanidad» al 20 por 100 de la humanidad.

En su pastoral de estos días, los obispos de la Iglesia católica de Guatemala han pedido perdón al pueblo maya y han rendido homenaje a la religión indígena que «veía en la naturaleza una manifestación de Dios». El Vaticano, sin embargo, festeja los quinientos años de «la llegada de la fe al continente americano» ¿No existía la fe en América antes de Colón? La conquista impuso su fe como única verdad posible, y así calumnio al Dios de los cristianos, convirtiéndolo en Jefe Universal de Policía y atribuyéndole la orden de invasión contra las tierras infieles. En aquellos tiempos, muy proféticamente, empezó a llamarse *libertad de comunicación* al dere-

cho del invasor, dueño de la voz, ante el invadido mudo.

Los indios fueron condenados por ser indios, o por seguir siéndolo. Los bárbaros que no se dejaban civilizar merecían la esclavitud. ¿Cuántos ardieron en la hoguera, por el delito de creer que toda tierra es sagrada? Adorando la naturaleza, los indios paganos practicaban la idolatría y ofendían a Dios. ¿Ofendían a Dios, o más bien ofendían al capitalismo naciente? De aquel entonces proviene la identificación de la propiedad privada con la libertad: la libertad de usar al mundo como fuente de ganancia y objeto de consumo. De Carlos V a la dictadura electrónica: cinco siglos después, el planeta es tierra arrasada.

Y cinco siglos después, Europa no consigue curarse de una vieja enfermedad llamada racismo. Misión de evangelización, deber de civilización, horror a la diversidad, negación de la realidad: el racismo era y es un eficaz salvoconducto para huir de la historia. Los ganadores han nacido para ganar, los perdedores han nacido para perder. Si el destino está en los genes, la riqueza de los ricos es inocente de cinco siglos de crimen y saqueo, y la pobreza de los

\* Lelio Basso, que había sido miembro del Tribunal Russell, organizado por el filósofo inglés para enjuiciar la actuación de los Estados Unidos en Vietnam, organizó a su vez el que se conoce como Tribunal Russell II, para investigar las violaciones de los derechos humanos en América Latina.

Antes de su muerte, acaecida en diciembre de 1978, Basso preparaba la constitución de un *Tribunal Permanente de los Pueblos*, para dar continuidad estable a la labor de los Tribunales Russell. La Fundación Lelio Basso instituyó el TPP en junio de 1979.

El TPP es un *tribunal* de opinión, que enjuicia hechos que implican graves violaciones de los derechos de los pueblos, cuyo tratamiento, en general, escapa a la atención o a la competencia de las instituciones jurisdiccionales de carácter oficial, nacionales e internacionales.

Respondiendo a su propósito fundacional, se ha ocupado de un elevado número de asuntos. De entre ellos, como los más recientes, la política del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, la destrucción de la Amazonia y la impunidad en América Latina; dictando en todos los casos resoluciones que alcanzan amplia difusión.

\*\* Texto leído por el autor, uno de los componentes del TPP en esta sesión, durante la clausura, que tuvo lugar en el Palacio Ducal, de Venecia, y en la que se hizo pública la resolución adoptada.

Lelio, Sergio y Antonis, evocados por Galeano, son Lelio Basso, Sergio Mendez y Antonis Tritsis. Los dos últimos miembros del TPP, ya fallecidos, y que fueron obispo de Cuernavaca (México) y alcalde de Atenas, respectivamente.

pobres no es un resultado de la historia, sino una maldición de la biología. Si los ganadores no tienen de qué arrepentirse, los perdedores no tienen de qué quejarse.

Fin del siglo, fin del milenio, tiempo del desprecio. Pocos propietarios, muchos poseídos; pocos opinadores, muchos opinados; pocos consumidores, muchos consumidos; pocos desarrollados, muchos arrollados. Los pocos, cada vez menos. Los muchos, cada vez más: dentro de cada país, y en el mapa internacional. A lo largo de este siglo, la brecha que separa a los países pobres de los países ricos se ha multiplicado por cinco. El mundo de nuestros días es la obra maestra de una escuela artística que podríamos llamar *el realismo capitalista*. En su infinita generosidad, el sistema nos otorga a todos la libertad de elegir entre el capitalismo y el capitalismo, pero el 80 por 100 de la humanidad tiene prohibido el ingreso a la sociedad de consumo. Se puede verla por televisión, eso sí: quien no consume cosas, consume fantasías de consumo. El mundo se parece ahora a cualquiera de las grandes ciudades latinoamericanas: inmensos suburbios acorralan las fortalezas amuralladas de los barrios de lujo. Ya ni los escombros quedan del fugaz muro de Berlín, pero está cada día más alto y más ancho el muro mundial que desde hace cinco siglos separa a los que tienen de los que quieren tener. ¿Cuántos han caído, y cada día caen, queriendo saltarlo? Nadie los contó, nadie los cuenta.

Fin del siglo, fin del milenio, tiempo del miedo. El Norte tiene pánico de que el Sur se tome en serio las promesas de su publicidad, como el Este se creyó la invitación del paraíso. Un sueño imposible: si el 80 por 100 de la humanidad pudiera consumir con la voracidad del 20 por 100, nuestro pobre planeta, ya moribundo, moriría. Si el despilfarro no fuera un privilegio, no podría ser. El orden internacional, que predica la justicia, se funda en la injusticia y de ella depende.

No es por casualidad que la industria del miedo ofrece los negocios más lucrativos del mundo actual: la venta de armas y el tráfico de drogas. Las armas, productos del miedo de morir; y las drogas, productos del miedo de vivir.

Tiempo del miedo: graves agujeros en la capa de ozono y más graves agujeros en el alma.

Hace cinco siglos nació este sistema, que universalizó el intercambio desigual y puso precio al planeta y al género humano. Desde entonces, conviertes en hambre o dinero todo lo que toca. Para vivir, para sobrevivir, necesita la organización desigual del mundo como los pulmones necesitan el aire.

Hoy día, la debilidad de los débiles, personas débiles, países débiles, es motivo de burla o lástima. La solidaridad ha pasado de moda. Pero ¿qué tan fuerte es la fortaleza de los fuertes? El poder, hijo de la violación, está lleno de violencia, está lleno de miedo. Musculoso cuerpo asustado de su propia sombra, cuerpo sin alma, sociedad desalmada. Cuerpo ciego de sí, perdido de sí: propietario de todo, ya no es dueño de sí. Ya no puede permitirse otra pasión que la pasión del consumo. Ha sacrificado el derecho a la vida, su propia vida, en los altares del derecho de propiedad; y ya ha empezado a consumirse a sí mismo.

Mujeres y hombres del sur y del norte, nos hemos reunido en Padua esta semana, en una jornada del Tribunal de los Pueblos. Hemos discutido el derecho internacional a la luz de los quinientos años de la conquista de América, porque el derecho internacional es hijo del derecho de conquista y está marcado en la frente por eso que François Rigaux llama «su pecado original».

Nos han acostumbrado a olvidar lo que merece memoria y a recordar lo que merece olvido; pero nos hemos reunido a partir de la certeza de que el mundo no es «este» mundo, ni el derecho es «este» derecho. Nos han acostumbrado a ignorar la historia para obligarnos a aceptar el tiempo presente como destino; pero nos hemos reunido a partir de la certeza de que el mundo puede y debe ser la casa de todos y a partir de la certeza de que hay otro derecho posible, que no es el que legitima la injusticia y garantiza la impunidad de los que mandan, sirviendo de coartada a un sistema que jamás dice lo que hace ni hace lo que dice.

Esta es nuestra minúscula contribución a una inmensa tarea: la recuperación de la mutilada plenitud y la humillada dignidad de la condición humana.

Un nuevo siglo nace, nace un nuevo milenio. Tiempo de esperanza.

Ahora, en el viaje hacia Italia, pasé por Andalucía. Y allá escuché una copla de cante flamenco, el cante hondo, el cante jondo, que en tres brevísimos versos contesta, del modo más certero, a la civilización que confunde *ser* con *tener*. La copla se me quedó, y todavía canta dentro de mí. En estos días, durante las sesiones del Tribunal, la escuché varias veces en mis adentros, y varias veces pensé: a Lelio le hubiera gustado. Y pensé: a Sergio, a Antonis, les hubiera gustado. Y ahora, pensando en ellos, sintiendo en ellos, se la digo a ustedes:

*Tengo las manos vacías,  
de tanto dar sin tener,  
pero las manos son mías.*